

El gobierno y la crisis económica

Por

Jorge A. Sanguinetti

Es curioso. ¿Por qué será que cuando surge una crisis económica, mucha gente espera, incluso demanda, que el gobierno “haga algo”? Es como el que pesca un resfriado y se va al médico pidiendo que lo curen, cuando lo más que le pueden recetar honestamente es algo para aliviar los síntomas. La cura viene sola. El organismo por medio de su sistema inmunológico es el que combate el resfriado. Sin embargo, hay muchos pacientes impacientes que creen que pueden mejorar si se consiguen y auto-recetan antibióticos y otros mejunjes y cuando el resfriado desaparece siguen creyendo que fueron los medicamentos, no el propio cuerpo, los que resolvieron el problema.

Los resfriados se parecen a las crisis económicas, pero éstas son muchas veces más complejas. Por eso son también más difíciles de explicar, predecir y hasta curar. Y definitivamente no se prestan fácilmente para convencer al ciudadano que probablemente lo mejor que se puede hacer es dejar que la economía use sus propias defensas “inmunológicas” y que el gobierno haga como el médico sabio y sólo ayude a aliviar los síntomas. Sin embargo, la mayor parte de los ciudadanos exige la intervención del gobierno, sin darse cuenta que los políticos posiblemente sepan tan poco como ellos del problema y sus soluciones. Como algunos médicos que temen perder al paciente, el político en el gobierno decide “hacer algo” sin preocuparle mucho las consecuencias negativas en el largo plazo de trastear con torpeza en la extremadamente compleja urdimbre de la economía.

Las respuestas a la crisis económica actual ya están sesgadas por la presión de “hacer algo”, aunque el remedio acabe siendo peor que la enfermedad (inflación, endeudamiento y estancamiento futuros). Me temo, estimada lectora y estimado lector, que es muy probable que no le guste lo que voy a decir, pero tengo que decirlo si voy a ser fiel a mi profesión de economista. Primeramente es muy posible que ya esta crisis se prolongue más de lo debido sólo por la intervención desacertada de la administración anterior. El pánico que asaltó a los gobernantes mientras improvisaban una política intervencionista y daban golpes de ciego con algunas medidas desesperadas, acrecentó la incertidumbre que ya afectaba al sector financiero y que fue contaminando rápidamente al resto de la economía. Las vacilaciones de cualquier gobierno generan por sí solas incertidumbre, lo cual se refleja en todo tipo de mercado porque los agentes decisorios de la economía, consumidores, inversionistas, trabajadores y empresas pierden la confianza en el futuro y comienzan a contraer sus gastos desatando la clásica reacción en cadena.

En segundo lugar, cuando se comienza a hablar de paquetes salvadores que cuestan muchos miles de millones de dólares, los agentes decisorios adoptan una actitud de retraimiento hasta ver en qué consiste el paquete y qué hay para ellos. Y estas demoras refuerzan la crisis, a pesar de los esfuerzos que haga la Junta de la Reserva Federal

facilitando el crédito y la liquidez para no aliviar la situación. Mientras tanto, los miles de economistas que de pronto se gradúan en las universidades de la radio, la televisión, Internet y la prensa escrita ofrecen todo tipo de teoría para explicar la crisis, con un sin número de algoritmos verbales para pronosticar su derrotero y una enciclopedia de consejos para combatirla. Pasan por alto que una buena cantidad de economistas profesionales y otros analistas ilustrados, de gran reputación y buena voluntad, advierten que las medidas que se están considerando no van a tener necesariamente los resultados esperados, además de tener un costo elevadísimo, con repercusiones imprevisibles en el mediano y largo plazo.

Pero es parte de la condición humana. Cuando se quiere creer en algo, ni la lógica ni el conocimiento cuentan. En toda sociedad y en este mundo parcialmente globalizado, la economía es una especie de naturaleza que tiene vida propia, hecho que muchos soñadores no aceptan. Las fuerzas que la rigen son poderosas e indescriptibles pues resultan de los miles de millones de decisiones que hacen los seres humanos en cada momento sobre lo que van a comer, producir, comerciar, ahorrar o invertir. La madre naturaleza de la economía genera cambios no siempre predecibles ni deseables, que al igual que otros fenómenos naturales como las tormentas, ocurren de tarde en tarde y crean estragos. Es lógico esperar que el gobierno detecte la tormenta a tiempo para prepararse y disminuir su impacto y también para recuperarse de sus daños. ¿Pero por qué tantos ciudadanos creen que los gobiernos pueden prevalecer sobre las tormentas económicas? Porque tienen una visión irrealista de los poderes del gobierno sobre la economía que es, además de vasta y compleja, invisible. Sólo puede observarse por medios indirectos, incompletos y demorados. Y por eso los ciudadanos tienen dificultades en entender que las economías basadas en las libertades individuales se recuperan de las crisis principalmente por su propias fuerzas, sin una intervención nerviosa y excesiva del gobierno, sólo aquella necesaria para aliviar sus síntomas y consecuencias, especialmente el desempleo.

El problema es que mientras las crisis económicas evolucionan y se superan, hay un costo que recae sobre los ciudadanos más vulnerables de la sociedad. Es precisamente ahí donde el gobierno debe intervenir y no para salvar a los que provocaron la crisis, por deshonestidad, excesiva avaricia o pura incompetencia. De hecho son ellos los que debieran sufrir las consecuencias de sus acciones.

Miami, 11 de febrero de 2009